

¿Ciudades después del neoliberalismo?

Neil Smith

... más tarde me resultó evidente que había participado en un acontecimiento único y valioso. Había vivido en una comunidad donde la esperanza era más normal que la apatía o el cinismo, donde la palabra «camarada» significaba camaradería y no, como en la mayoría de los países, engaño. Había respirado el aire de la igualdad.

GEORGE ORWELL: *Homenaje a Cataluña*

El neoliberalismo ha supuesto un trayecto largo, difícil y violento para millones, si no miles de millones de personas de todo el mundo. La crisis financiera que empezó a revelarse públicamente en 2007 señaló en cierto sentido el final del neoliberalismo, o eso han sugerido muchos comentaristas, pero también dio lugar a una visión más amplia por parte de quienes se ocupan más del capitalismo *in toto* que de su variante específicamente neoliberal. A diferencia de la llamada crisis económica asiática de 1997-1999, cuando las metáforas en vigor se referían a la amenaza de «contagio», diez años después el lenguaje se refirió a «activos tóxicos». El cambio de una metáfora epidemiológica por una ambiental puede que sea sintomática de un cambio político más amplio en las ideologías dominantes, pero las dos metáforas expresan además un cierto rechazo de la gravedad de las crisis. En 1997, «contagio» expresaba el miedo a que un cuerpo por otra parte sano (el capitalismo europeo y norteamericano) fuera infectado por una enfermedad económica (Asia); diez años después, el nuevo lenguaje expresó un miedo paralelo, pero menos espacializa-

do, de que un capitalismo sano quedara contaminado por una toxicidad aberrante. Cuando esa contaminación se produjo de hecho, y el propio capitalismo se volvió tóxico a escala global, los financieros desesperados de todo el mundo exclamaron asombrados: «¡Pero no es así como se suponía que iba a funcionar el capitalismo!»

La función y la situación de las ciudades varió de modo significativo durante el momento neoliberal del capitalismo, que se puede datar más o menos hacia los años setenta, y el propósito de los trabajos de este volumen es explorar, por medio de varios estudios casuísticos, algunas de las dimensiones de ese cambio, el caos urbano sistémico que produjo, y la expansión igualmente sistémica del caos que acompaña de modo creciente a la debilitación del neoliberalismo. Cada una de las ciudades examinadas por esos autores ofrece un relato muy concreto aunque existan temas compartidos. Los trabajos se ofrecieron en una conferencia en el Museu d'Art Contemporani de Barcelona (MACBA), en noviembre de 2008, en un seminario titulado: «Después del neoliberalismo: ciudades y caos sistémico». Aunque planeado meses antes, se celebró justo cuando la profundidad de la crisis global se estaba haciendo evidente, y ocupaba diariamente los titulares de los periódicos del mundo entero. La atención, sin embargo, no se dirigió a los conflictos de las ciudades más allá del hecho consabido de que el disparador inmediato (si no la causa definitiva) de la crisis radica en los mercados de viviendas urbanas, esto es las hipotecas «sub prime» en Estados Unidos. La situación de las ciudades solo está empezando a recibir atención cuando la crisis pasa a filtrarse en los presupuestos estatales y a recaer en los ayuntamientos. Antes de abordar la cuestión de las ciudades y tratar del cambio y proceso urbano contemporáneo es importante, sin embargo, asegurar que primero quede claro el significado del neoliberalismo, su historia, sustancia y conflictos.

El neoliberalismo: muerto pero aún vigente

Es innegable que a partir de los años setenta en muchas partes del mundo, de Chile a Londres, de Nueva York a Shanghai, las iniciativas neoliberales de derechas dominaron los enfrentamientos ideológicos y políticos por corazones, mentes y poder social. Hubo excepciones, pero en las tres últimas décadas por lo general la izquierda fue derrotada, aplastada incluso cuando llegó al poder. El edificio del neoliberalismo cuenta con tres pilares fundamentales: la entronización de una economía de libre mercado como la única moneda legítima de interacción social; la desregularización concomitante (si bien parcial) de algunas de las funciones estatales y la renuncia por parte del Estado al proyecto keynesiano de ayuda social y apoyo a la reproducción social; y la santidad de la propiedad privada junto con la progresiva privatización de los recursos sociales. Todo eso vino unido a un estatuto casi de culto de los beneficios, las acciones, el individualismo y el capital financiero —la «financionalización de la vida cotidiana»¹—. También se tiene que destacar que aunque el neoliberalismo tuvo indudablemente sus primeros orígenes reconocidos en economistas austriacos y norteamericanos y décadas después como política exterior de Estados Unidos y el Reino Unido, fue un fenómeno auténticamente global. Con pocas excepciones, los líderes nacionales de Europa y África, Asia y Sudamérica, llegaron a abrazar el neoliberalismo como una estrategia de clase que trasciende por completo la raza; los líderes de Zimbabue y México, Chile y China contribuyeron todos tanto como el Reino Unido y Estados Unidos al progreso del neoliberalismo. De hecho fueron los activistas políticos de Latinoamérica quienes en los años setenta popularizaron «neoliberalismo» como un término crítico.

¹ Randy Martin: *Financialization of Everyday Life*. Filadelfia: Temple University Press, 2002.

Desde el comienzo de la crisis económica, es igualmente innegable que los tres dogmas del neoliberalismo han sido abolidos en términos generales. Primero, la crisis de las «sub prime» y la crisis resultante del mercado de la vivienda en el mundo entero golpeó en el corazón mismo del régimen de propiedad privada del neoliberalismo mientras cortaba el nexo entre finanzas y el capital de la propiedad; los activistas de muchas ciudades han ocupado propiedades abandonadas mientras los funcionarios estatales responsables y hasta las instituciones financieras se han negado a expulsar a la gente. Segundo, aunque todavía se suprimen muchos servicios, algunos gobiernos locales y nacionales se han visto forzados a reinvertir en vivienda, desempleo y otros servicios sociales. Tercero, el Estado ha intervenido diversas economías, nacionalizando efectivamente bancos y algunas de las mayores empresas industriales de varios países donde la ideología del neoliberalismo era sacrosanta. En Estados Unidos, donde se inició la crisis, varios bancos han sido en realidad nacionalizados al igual que las dos mayores industrias automovilísticas. En un determinado momento, el gobierno estadounidense, bajo sus estímulos y planes de financiación, poseyó el 79,9 por ciento de General Motors, una vez la mayor empresa capitalista del mundo; en junio de 2009 solo está en manos privadas el 10 por ciento de General Motors. Entretanto, con su fomento del «compre americano», el proteccionismo empezó a reverdecer en Estados Unidos y otras partes. De modo buscado o no, los planes de estímulo, desde el Reino Unido hasta China y Estados Unidos, suponen varios grados de inversión al estilo keynesiano en infraestructura y ayuda social.

Es innegable que la ideología del neoliberalismo ha perdido su poder. También en la práctica el neoliberalismo parece haber perdido impulso. Lo mismo que el neoconservadurismo perdió su poder ideológico después de que la guerra de Irak fracasara de modo creciente, hoy el neoliberalismo tampoco

está generando nuevas ideas. Eso no sucedió repentinamente sino que se produjo a lo largo de por lo menos una década. Al menos cinco factores contribuyeron a esa pérdida de impulso político. Primero, la crisis económica asiática de 1997-1999 dejó al descubierto el fracaso del neoliberalismo en sus propios términos económicos, convenciendo a varios defensores importantes, desde Joseph Stiglitz hasta Jeffrey Sachs, a lanzar críticas fulminantes y entonar mea culpas. Segundo, la emergencia de la oposición política, especialmente en Latinoamérica, supuso un significativo desafío a un conjunto de ideas y prácticas económicas que fueron impuestas al continente a comienzos de los años setenta. Tercero, y más importante, el movimiento antiglobalización de finales de los noventa y comienzos del siglo XXI —de Vancouver a Génova, de Seattle a Cancún— también dejó al descubierto la brutalidad e hipocresía del neoliberalismo; aunque se fragmentó pronto, ese movimiento merece una valoración positiva considerable por traducir la acusación al neoliberalismo en un desafío abierto. Cuarto, la guerra de Irak, encabezada por Estados Unidos y el Reino Unido, que se limitó a confundir la guerra al terrorismo con los planes políticos y económicos del neoliberalismo, fue un grave error diplomático incluso en los propios términos de la administración Bush, por no mencionar la gran incompetencia con la que se llevó a cabo. Hacia los primeros años del siglo XXI, pues, un ya anquilosado neoliberalismo fue, en el mejor caso, llenando los intersticios sociales y geográficos de un proyecto que se había estancado. El colapso económico que se produjo en 2008 con la crisis de las «sub prime», y la resultante debacle económica global, fue solo el último y quinto clavo en el ataúd del neoliberalismo. Aunque una mejoría en la caída del mercado de valores en la primavera de 2009 animó a algunos economistas y comentaristas estadounidenses a predecir una atenuación de la crisis, otros, considerando de modo más global la bajada de la producción industrial y del comercio global, detectan un declive aún más pronunciado que el de 1929 que inició

la Gran Depresión.² Por supuesto, como siempre, la profundidad y extensión del declive económico están muy desigualmente repartidas por el globo.

La ideología neoliberal puede que ya esté fatalmente herida, pero no deberíamos apresurarnos a declarar el final del neoliberalismo per se. Solo si aceptamos la autorrepresentación ideológica del neoliberalismo, esto es que representó un abandono de la economía privada por parte del Estado y un regreso a mercados puramente libres y a la propiedad privada, tendría sentido anunciar el fin del neoliberalismo en cualquier cosa excepto en términos ideológicos. Un neoliberalismo sin Estado fue su propio mito. En realidad, claro, el Estado en diversas escalas nacionales, locales y globales contribuyó asiduamente por medio de la desregulación empresarial, los gastos militares, la política de la vivienda, la política de impuestos a las empresas, el desarrollo urbano, la represión social, las políticas de «desarrollo» global y la expansión de su propia iniciativa empresarial, al avance del proyecto neoliberal. Muchas de las instituciones y normas de esa época se mantienen firmes en su puesto con muy pocas alternativas coherentes a la vista. Así puede que tenga más sentido tomar prestada la afortunada frase que Jürgen Habermas aplicó en los años ochenta a la situación del modernismo, y concluir que el neoliberalismo «ha muerto pero sigue vigente».³ El neoliberalismo se encuentra en un estado de atrofia, sin duda, pero su poder económico y militar aún perdura. Ha dejado a su paso, y continúa dejando, una estela de destruc-

² Barry Eichengreen y Kevin O'Rourke: «A Tale of Two Depressions» (2009). <http://www.voxeu.org/index.php?q=node/3421&ref=patric.net> [consultado el 11 de junio de 2009].

³ Jürgen Habermas: «Modernity, A Incomplete Project», en Hal Foster (ed.): *Postmodern Culture*. Londres: Pluto, 1985, pp. 3-15. [Hay traducción castellana: *La posmodernidad*. Barcelona: Kairós, 1985.] Véase también Neil Smith: «Neoliberalism is Dead, Dominant, Defeatable... Then What?», *Human Geography*, vol. 1.2, núm. 1-3 (2008).

ción humana, tanto en los barrios pobres del mundo, como en el medio ambiente, o entre personas desposeídas por razón de clase, género, raza, nacionalidad, o por pertenecer a un pueblo indígena.

Revolución urbana. Ciudad global

La globalización y el neoliberalismo fueron formulados como mundos gemelos a partir de los años ochenta, pero no eran gemelos idénticos. Mientras el neoliberalismo representó una amplia estrategia política, social y económica —apropiación por una clase del poder social en el sentido más amplio—, la globalización constituyó un componente económico-geográfico en cierto modo más limitado del proyecto neoliberal. La globalización no fue un fenómeno enteramente nuevo como sus defensores han argumentado en gran parte —el capitalismo siempre ha sido un proyecto global—, pero por eso mismo cierta crítica marxista que sugiere que la globalización no trajo nada nuevo es también una visión miope. Representó una variante nueva del capitalismo que erosionó tanto las fronteras económicas establecidas por el sistema de Estados nacionales, que hacia finales de los años noventa fue cada vez más difícil identificar unas economías nacionales coherentes, separadas unas de otras. Eso estaba evidentemente solapado con el proyecto neoliberal más amplio de privatización y desregularización (al menos en lo que se refiere al capital), pero también trajo un nivel de emigración global del trabajo que tenía pocos precedentes. Eso en ningún modo sugiere un final sencillo del Estado-nación; en términos políticos y culturales más bien puede muy bien ocurrir lo opuesto. Sin embargo, eso sugiere que la relación de las ciudades con los Estados nacionales y con las economías globales culturales y políticas cambió dramáticamente.

En 1970, Henri Lefebvre propuso que la urbanización había venido a suplantarse a la industrialización como un momento de

la historia mundial en la producción de espacio.⁴ Elaboró algo esta idea, pero, como siempre, fue elíptico sobre lo que significaba, aunque puede ser que Lefebvre apreciara algo que solo ahora se está haciendo más aparente. Empezó su libro, *La revolución urbana*, con la hipótesis siguiente: «La sociedad ha sido completamente urbanizada.»⁵ Esa fue, por supuesto, la hiperbólica marca distintiva dialéctica de Lefebvre —solo en 2005, según Naciones Unidas, pasó a ser mayoritariamente urbana la población del mundo—, pero sirvió para centrar el punto de interés de Lefebvre en lo que él llamó «revolución» urbana. Al escribir en 1970, no podía pasar por alto los acontecimientos revolucionarios de 1968 —de hecho, Lefebvre estuvo implicado centralmente en ellos—, y sin embargo, curiosamente su tratamiento de la revolución urbana tiene poco que ver con esa revuelta contemporánea que en lugar de eso se centró en historias a más largo plazo. La «problemática urbana», como la planteó Lefebvre, sería la historia del futuro, y anticipó el surgimiento de lo que él llamó «ciudades mundiales».

¿Qué connota el lenguaje del mundo o las ciudades globales? ¿Qué era la ciudad pre-global, y qué hace especialmente global ahora a la ciudad? La cuestión casi nunca planteada es que las ciudades en la historia previa del capitalismo eran primero y sobre todo criaturas de las economías nacionales. A pesar de los intensos lazos internacionales que evidentemente conectaban a las ciudades, operaban simultáneamente como *loci* de

⁴ Henri Lefebvre: *La Révolution urbaine* París: Gallimard, Collection Idées, 1970. [Hay traducción inglesa: *Urban Revolution*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2003. Hay traducción castellana: *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial, 1972.] Véase también Henri Lefebvre: *La Production de l'espace*. París: Editions Anthropos, 1974. [Hay traducción inglesa: *The Production of Space*. Oxford: Blackwell, 1991. Hay traducción castellana: *La producción del espacio*. Colombia: Universidad de Medellín, 1999.]

⁵ Lefebvre: *Urban Revolution*, op. cit., p. 1.

producción y reproducción de los capitalismos nacionales. De hecho, fue un axioma de la teoría urbana del periodo de posguerra, desde Lefebvre hasta Harvey, Castells o la teoría feminista, que fueran las que fueran además sus funciones, la base de la ciudad capitalista se identificaba primariamente como el *locus* de la reproducción social con respecto a la economías nacionales. Con el desmantelamiento del apoyo a las políticas y programas de reproducción social por parte de muchos Estados nacionales, el neoliberalismo rompió ese claro nexo; más exactamente, la globalización llevó al establecimiento de una relación nueva entre las ciudades y la economía global que hasta cierto grado puentea al Estado nacional. Ya no definidas como las reservas de trabajo para las economías nacionales, las *regiones* urbanas son crecientemente plataformas de producción para la economía *global*.⁶ Shanghai y Saõ Paulo, Mumbai y Ciudad de México son cada vez más los modelos del futuro urbano, desplazando a Nueva York, Londres o incluso Tokio.

La cuestión aquí no es que las ciudades de Europa y Norteamérica o Japón hayan quedado en cierto modo obsoletas, ni que estén exentas de las relaciones reestructuradas entre las escalas global, nacional y urbana. Indudablemente también se están transformando en regiones de producción para la economía global mientras retienen muchas de sus funciones sociales, reproductivas y miríadas de más, pero ya no representan la punta de lanza del cambio urbano. Puede que la señal más visible de ese cambio sea la proliferación de grandes zonas industriales, zonas económicas y zonas de exportación especiales, invariablemente adyacentes o incorporadas a puertos y aeropuertos para facilitar el transporte. Mientras en los años setenta solo existían unas pocas docenas de esas zonas en varios países, hoy son varios miles según la Organización Internacional del Trabajo, y son por lo general mucho más grandes. Las

⁶ Neil Smith: «New Globalism, New Urbanism: Gentrification as Global Urban Strategy», *Antipode*, vol. 34, núm. 3 (2002), pp. 427-450.

mayores de esas zonas especiales han surgido en Asia, de China a Dubai, pero ya se encuentran en el mundo entero. Se calcula que unos 30 millones de trabajadores solo chinos estaban empleados en esas zonas antes de la crisis económica.

La proliferación de las zonas de comercio e industria asociado con la globalización ejemplifica otro aspecto del argumento de Lefebvre sobre la urbanización y la problemática urbana. Representa un hilo de programa de lo que podríamos llamar «construcción de ciudades». La construcción de las infraestructuras e instalaciones para tales zonas supone en sí misma una enorme inversión de miles de millones de dólares de capital productivo. De modo más general, la reforma de los espacios urbanos —infraestructural o residencial, recreativa o de mejoras ambientales—, ha llegado a desempeñar un papel central en la economía global. Como ejemplifica la contribución a este volumen de Eva García Pérez, Patricia Molina Costa y Emmanuel Rodríguez López, en nombre de Observatorio Metropolitano, la reforma de Madrid como ciudad global ha supuesto muchos enormes proyectos de desarrollo de la ciudad que relacionan no solo a empresas de construcción y urbanismo globales (en sí mismas un fenómeno relativamente nuevo), sino al aspecto del consumo del turismo global. La recalificación urbanística crecientemente orquestada de los barrios más pobres del centro de la ciudad es, como en otros lugares, parte de ese proceso.

Y sin embargo la escala de tal reestructuración urbana y construcción de ciudades en Europa y Norteamérica queda empuñada por lo que ha ocurrido en otras partes. Por una parte podemos pensar en la escala de reconstrucción sin precedentes para los Juegos Olímpicos de Beijing de 2008, en la que se calcula que fueron desplazadas un millón de personas; y también podemos pensar en la reconstrucción actualmente en curso de Shanghai para la Exposición Mundial de 2010,⁷ o la

⁷ Véase la contribución de Andrew Ross a este volumen en las páginas 61-77.

ampliación de los muelles y fábricas de Mumbai. De nuevo, la amalgama de capital internacional para el desarrollo urbano, recalificación urbanística y turismo es central. Por otra parte no es ningún accidente que la crisis económica global posterior a 2007 fuera disparada por la crisis de las hipotecas «sub prime» en los propios Estados Unidos. En eso fue completamente distinta que la Depresión de la década de los años treinta que comenzó con una crisis puramente financiera. La crisis esta vez dejó a las claras la extensión sin precedentes de cómo la construcción urbana ha venido integrándose en la esfera del capital financiero, y viceversa. Ninguna de estas consecuencias es enteramente nueva, por supuesto: las zonas industriales son anteriores a los años setenta, y el capital de la propiedad siempre ha estado unido al capital financiero. Lo que hoy es nuevo es la intensificación y consiguiente densidad de esas relaciones y su unión en un proyecto mayor de construcción urbana anticipado por la «problemática urbana» de Lefebvre.

La crisis urbana sistémica

Existe una larga historia de la emigración rural-urbana, un proceso tan viejo como las propias ciudades, pero cuando Naciones Unidas anunció que en 2005 la población del mundo sería por primera vez más de un 50 por ciento urbana, pareció que se había cruzado un umbral importante. La emigración masiva a las ciudades acompañó a anteriores asaltos de crecimiento y desarrollo urbano, sin duda, pero la escala de tales cambios y la consiguiente explosión de la población urbana en Asia, Sudamérica y crecientemente en África, y la consiguiente explosión de la construcción inmobiliaria urbana, no ha tenido precedentes en las dos o tres últimas décadas. En muchos lugares la emigración urbana-rural supone la mayor parte de ese crecimiento urbano, y este se encuentra íntimamente ligado al nuevo papel de las regiones urbanas dentro de la

globalización.⁸ Puede que la confirmación más directa de esta nueva situación llegara a comienzos de 2009, en China. Bajo el efecto de la crisis de la economía global, la economía China, que había estado creciendo a una media estimada de casi el 10 por ciento anual en años recientes, se redujo a una media estimada de solo el 6,5 por ciento. Aunque pueda ser una tasa envidiable para casi cualquier otra economía —la economía estadounidense entonces había estado *cayendo* a casi el mismo ritmo— la contracción produjo un trastorno a gran escala en China y se estima que 20 millones de trabajadores urbanos fueron expulsados sin remedio de las ciudades y mandados de vuelta a las aldeas de las que habían venido en años recientes.

Varias dimensiones de la emigración urbana reciente y la consiguiente transformación urbana suponen hoy una novedad. En primer lugar, un porcentaje creciente de esos flujos migratorios ahora tienen lugar hacia más allá, en lugar de en el interior, de las fronteras nacionales. Eso no carece de precedentes y las migraciones de siglos recientes desde Europa hacia América constituyen un buen ejemplo, pero lo que es nuevo hoy, una vez más, es la escala de ese fenómeno y su extensión: centroamericanos y antillanos se trasladan a Europa, asiáticos del sur y filipinos se trasladan al Golfo, asiáticos del este y sudeste se trasladan en mayor o menor número a ciudades de la mayor parte del mundo, europeos del este se trasladan a la Europa del Oeste, enormes migraciones a menudo forzadas dentro del África Subsahariana central o para salir de Irak, y así sucesivamente. Esta escala de movimientos globales ha sido facilitada en una parte significativa no solo por la disponibilidad de tecnología informática y de comunicación desde los años ochenta, que permite un contacto más fácil con familia, amigos, trabajadores potenciales y colaboradores en el negocio en el país y por todo el mundo, sino específicamente por

⁸ Véase la contribución de Raquel Rolnik a este volumen en las páginas 43-59.

la desregulación de las transferencias de dinero más allá de los límites nacionales desde los años setenta y ochenta. Antes de entonces, la mayoría de los países establecían severos límites a la disponibilidad y envío de moneda extranjera a y por individuos (el mundo de los negocios quedaba significativamente exento): en el caso de Gran Bretaña, por ejemplo, hasta finales de los años setenta, un individuo que viajara al extranjero encaraba límites de solo varios cientos de libras por año en moneda extranjera, y cualquier cambio de moneda quedaba cuidadosamente registrado en el propio pasaporte. Hoy, al contrario, la desregularización de divisas ha abierto una economía global enteramente nueva de envíos mandados a casa por trabajadores emigrantes e inmigrantes que habría sido imposible tres décadas antes. Cada barrio de inmigrantes de ciudades del todo mundo tiene sus oficinas de Western Union o de delegaciones de empresas de envío internacional de dinero comparables.

La segunda dimensión del cambio se refiere a la situación de las zonas de alojamiento informales y al sector informal de las ciudades en un sentido más amplio. No es sorprendente, quizá, que esos cambios sean a menudo contradictorios. Aunque hubo claros precursores, el amplio reconocimiento académico de un sector informal en las economías sociales de las ciudades solo se produjo en los años setenta y ochenta, y muchos de esos trabajos procedían inicialmente de Latinoamérica; y aunque los contactos entre la economía informal y formal se apreciaron rápidamente,⁹ sin embargo fue la diferencia entre esos sectores la que dominó las investigaciones. Y razonablemente. El crecimiento de la importancia del sector informal fue preferido al floreciente sector «formal» de la industrialización de muchas economías de posguerra del Tercer Mundo, como se

⁹ Véase, por ejemplo, Terry McGee: «The Persistence of the Proto-Proletariat: Occupational Structures and Planning for the Future of The Third World Cities», *Progress in Geography*, núm. 9 (1976), pp. 3-38.

las llamó en la época,¹⁰ y el contraste pareció especialmente llamativo.

La globalización y neoliberalización combinadas de las economías a partir de los años ochenta ha cambiado esto, sin embargo. Por un lado, el desmantelamiento por grados o más completo de los derechos de importación y otras formas de protección económica y comercial nacional, impuesto por el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio, los acuerdos comerciales multiestatales y otras instituciones estatales globales y nacionales, ha transformado el sector informal aunque muchos pequeños empresarios hayan luchado para «formalizar» sus actividades. A menudo con apoyo material o tácito de organizaciones específicas municipales, nacionales o globales o de Organizaciones No Gubernamentales (ONG) —subsídios estatales, programas de préstamos a pequeña escala, planes de microcrédito, provisión de infraestructuras, y otros programas, a menudo fomentados por la corrupción de una economía crecientemente privatizada—, se ha llegado a que resulten mucho más borrosos los límites entre los sectores formal e informal.¹¹ Tomemos un ejemplo evidente: si una mujer o grupo de mujeres están trabajando en una aldea de las afueras de Hanoi haciendo ropa de vestir en casa o en talleres en chozas, y mandándola regular y directamente a un importante distribuidor multinacional de la ciudad, que luego vende las prendas a la cadena de supermercados Walmart, ¿funcionan esas trabajadoras en el sector formal o en el informal? Tomemos un segundo ejemplo, el alojamiento; no es infrecuente encontrar un

¹⁰ Véase Ananya Roy y Nezar AlSayyad (eds.): *Urban Informality. Transnational Perspectives from Middle East, Latin America and South Asia*. Lanham, Md.: Lexington Books, 2004.

¹¹ Véase, por ejemplo, Arif Hasan: «The Changing Nature of the Informal Sector in Karachi Due to Global Restructuring and Liberalization, and its Repercussions», en Roy y AlSayyad (eds.), op. cit., pp. 67-68.

mercado de viviendas estructurado y dividido por clases en zonas de alojamiento anteriormente informales, de modo que algo parecido a una modesta recalificación urbanística ya se puede reconocer en varias de esas zonas de alojamiento.

Y sin embargo, lo opuesto también ocurre, y en todo caso a una escala mucho más enorme. Las mismas estrategias y políticas de la neoliberalización y globalización también han dejado al descubierto actividades del sector informal en muchas ciudades ante los violentos vientos de la competición global por los sueldos bajos y otras localizaciones preferibles para la producción. Muchos que vivían en el límite del sector informal han sido expulsados de él, y su posibilidad de ganarse la vida crecientemente exprimida. El acceso al trabajo, a materiales de construcción o a la producción de bienes, el acceso a la crecientemente privatizada agua (donde no se piratea), a la atención infantil, a los servicios privatizados de salud y educación, a la protección física, al transporte; el acceso a todas las necesidades de la vida diaria ha sido crecientemente suprimido para millones de personas bajo el régimen neoliberal. Al mismo tiempo, las zonas de alojamiento muy informales en las que viven, expansiones crecientemente densas en la periferias de grandes metrópolis, han arrebatado a la gente muchos de los terrenos abiertos aunque marginales que podrían haber sido ocupados por una agricultura marginal.

Todos esos cambios y muchos otros son sistémicos en la medida en que son inherentes a la transformación de la economía global social y política. Son menos un resultado del cambio global desde arriba hacia abajo que un factor integral a lo que se reestructura en múltiples escalas geográficas. El resultado queda captado dramáticamente en *Planet of Slums*,¹² de Mike Davis, que se plantea sobre el anuncio de Naciones Unidas de un mundo con mayoría urbana con una estimación de que quizá

¹² Mike Davis: *Planet of Slums*. Londres: Verso, 2006. [Edición española: *Planeta de ciudades miseria*. Tres Cantos: Akal, 2007.]

mil millones de personas de todo el mundo se encuentran viviendo ya en chabolas. Acumulando una gran cantidad de datos, Davis realiza, a veces con detalles atroces, un retrato de la explosión de la pobreza urbana localizada en todo el mundo. Una sensación de condena inminente y falta de sostenimiento planetario impregna esa descripción.

Aunque la mayor concentración de barrios chabolistas del planeta se puede encontrar en Asia, Sudamérica y América Central, y África, la contribución del Observatorio Metropolitano a este volumen deja claro que, en consonancia con la globalización del trabajo, la explosión de la forma urbana trae consigo la expansión de la pobreza ya existente y la expansión paralela de *barrios* también en Europa y, podríamos añadir, Norteamérica.¹³ Siempre han existido sectores y *barrios* informales en el llamado núcleo, pero ahora están crecientemente incrustados en el tejido social y físico. La imagen que emerge es la de una ciudad mucho más dividida en dos partes que incluso la que provocó las discusiones sobre la ciudad dual en los años ochenta. No solo está la recalificación urbanística de zonas del centro de la ciudad y los diversos enclaves y complejos enriquecidos por inversiones de capital y negocios en contraste con los crecientes *barrios* chabolistas. Esa existente dualidad geográfica económica de la ciudad contemporánea se ha intensificado, pero también ha sido petrificada por la infusión política de un nuevo régimen de seguridad. Ciudades valladas, enclaves y urbanizaciones para ricos junto a una floreciente seguridad privada y transporte seguro son la norma para cada vez más urbanitas ricos; aumento de policía patrullando el espacio público, vigilancia, represión y la militarización de las patrullas de vigilancia donde no estaba militarizada anteriormente son las nuevas normas para muchos de los pobres. Esos son obviamente los

¹³ Véase también, Observatorio Metropolitano: *Madrid: ¿la suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad*. Madrid: Traficantes de sueños, 2007.

signos geográficos de una incisiva realidad social, es decir, que los niveles de desigualdad entre los ricos y los pobres se han expandido dramáticamente en las últimas dos o tres décadas. Eso es cierto no solo en Sudamérica y Estados Unidos, donde los índices de desigualdad ya eran altos en los años setenta, sino incluso más en India, y todavía más en estados como China y Rusia que renunciaron a un socialismo nominal por un capitalismo neoliberal.

Un aspecto más de esta crisis sistémica merece consideración. En la pasada década o más, el cambio climático se ha convertido en la cuestión ambiental dominante en todo el mundo. Es imposible establecer una distinción clara entre causas naturales y sociales, si no por otra razón porque esa pulcra distinción conceptual no puede llevarse efectivamente a la realidad empírica. Sin embargo, la realidad de esa advertencia es indudablemente innegable y las últimas estimaciones de esa crisis son alarmantes. Según un informe preparado por el centro de estudios del anterior secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, el Foro Humanitario Global, el cambio climático puede que ya sea responsable de 300.000 muertes al año, una cifra que se espera ascienda a los 500.000 hacia 2030. El coste monetario supone una cifra estimada en 125 mil millones de dólares al año y puede ascender a más del cuádruple durante las próximas dos décadas.¹⁴ Tanto si lo merece como si no, el tono de la discusión pública sobre el cambio climático es apocalíptico, y tanto más cuando las acciones para evitar las consecuencias parecen escasas o inexistentes. En su contribución a este volumen, Mike Davis se une a la refriega, desafiando tanto los cálculos científicos pesimistas como los abiertamente optimistas, y proporcionando una imagen del caos planetario que él tiene la sensación que bien pueda ser ya inevitable. Señala que la gran mayoría de

¹⁴ John Vidal: «Climate Change Creates New “Global Battlefield”», *The Guardian Weekly* (5-11 de junio de 2009).

víctimas son predeciblemente aquellas más vulnerables, lo que significa que procederán del «mundo en desarrollo» (el centro de estudios de Annan estima que el 99 por ciento de las muertes resultantes y el 90 por ciento de pérdidas económicas). Davis termina con la conclusión más optimista de que la acción social concertada y organizada pueda resolver el problema.

Si el problema va a ser atacado, es importante hacer unas preguntas críticas respecto a por qué la cuestión del cambio climático ha generado tal adhesión política global. Por ejemplo, la epidemia global de malaria ya se lleva una cifra estimada de un millón de vidas al año, muchas de ellas de niños y también de modo especial en los países en desarrollo, pero solo ha generado una fracción de la preocupación, al menos en el norte global, y nada de su palabrería apocalíptica. O están los millones que mueren cada año en las ciudades del mundo, de hecho por la pobreza. Más aún, a la luz de las incisivas críticas que marxistas, feministas, historiadores de la ciencia y otros realizaron de la «ciencia burguesa» entre los años sesenta y ochenta, ¿por qué hay tanto silencio en la izquierda referido no solo a los detalles del clima científico relevante sino referido a la cuestión más amplia de propio interés de los científicos por el consiguiente flujo de fondos que han recibido y concerniente también al más amplio contexto social de la ciencia en estos tiempos neoliberales (que se marchitan por lo demás)? Nada de eso pretende negar la realidad de la amenaza climática, ni menos apoyar el evidente interés de las propias empresas en su negación. Más bien, con vistas a ocuparse de la crisis, esas preguntas intentan separar las estrategias de acción reales de las quiméricas.

De caos en caos y vuelta a empezar

Con enfoques diversos sobre ciudades completamente distintas como su material en bruto, los trabajos de este volumen no parecerían, a primera vista, alentar grandes esperanzas sobre que

las crisis urbanas sistémicas fomentadas durante el momento del capitalismo neoliberal probablemente vayan a disminuir. Todo lo contrario. En el contexto actual la perspectiva es que un neoliberalismo atrofiado —muerto pero dominante— amontará caos encima de la crisis. En muchos lugares, por supuesto, eso ya ha pasado, y el lenguaje de la era neoliberal ya lo traiciona. El lenguaje de los «Estados fallidos», por ejemplo, es utilizado habitualmente al unísono con el del caos civil y político; de Irak a Somalia y Pakistán, a los propios Estados —más exactamente sus poblaciones— se les hace cargar con la responsabilidad de las desarticulaciones y exclusiones del capital global que son en sí mismas partes constitutivas del caos.

Tiene que resaltarse, no obstante, y eso se impone en los trabajos incluidos aquí, que cualquiera que sean las cosas en común y las relaciones que conectan a las ciudades en todo el globo, estas experimentarán el acechante caos de modos radicalmente desiguales. Madrid no es Shanghai, y Laos no es Los Ángeles. Diferentes ciudades ejemplifican diferentes mezclas del neoliberalismo y sus secuelas, diferentes combinaciones contradictorias de opulencia para algunos y profundización en la pobreza para todos los demás, y el caos resultante no será diferente. Cómo se despliegue el caos en áreas urbanas específicas, y hasta qué grado, tendrá mucho que ver con la diferencia entre las instituciones sociales, políticas y económicas y las relaciones existentes en diferentes ciudades; también dependerá de cómo respondan diferentes ciudades no solo a los desarrollos de sus propias regiones sino a los acontecimientos nacionales y globales; dependerá también del poder que tengan las ciudades y del poder económico y político que puedan conseguir de instituciones nacionales y globales. Políticamente es importante de modo especial entender la desigualdad de ese caos venidero. El caso de la piratería en las costas de Somalia proporciona un ejemplo excelente de por qué. En Europa y Norteamérica y los demás en la cabina de mando del capitalismo global, los medios de comunicación y las clases políticas trataron la oleada de pira-

tería de comienzos de 2009 como pura barbarie sin civilizar que remitía a la película *Piratas del Caribe*. Era una aberración tal que pareció ratificar el estatuto de Somalia como un «Estado fallido». Llevaba mucho sin revelarse la historia y el contexto dentro del que surgió la piratería. De hecho, durante años recientes, buques contenedores habían estado navegando en gran parte desde Europa, particularmente Francia, y vertiendo desechos nucleares tóxicos en el mar cercano a la costa de Somalia. La muerte resultante del océano diezmó rápidamente el modo marginal de ganarse la vida de muchos pescadores del lugar que al final tomaron represalias al apoderarse de los barcos y exigir un rescate por ellos. (El único pirata capturado hasta ahora por Estados Unidos es, de hecho, un pescador adolescente.) Así en Somalia, los piratas llegan a ser vistos como «los nuevos guardacostas».

En su conjunto, la perspectiva de un caos que se amplía en las ciudades del mundo no debería ser tratada con visiones apocalípticas. Aunque no se ha difundido públicamente con frecuencia, el miedo a las revueltas consecuencia de la crisis económica global en la actualidad es un terror firmemente asentado en las clases dirigentes del mundo. En una entrevista canadiense de 2009, Niall Ferguson, el apologista de Harvard del Imperio Británico, predijo que antes de que se resolviera la crisis: «Habrà sangre.» Antes de que se haya terminado del todo, continuó: «Provocará el estallido de guerras civiles» y «derribará gobiernos [eso ya ha ocurrido en Islandia y Letonia]... y traerá gobiernos que son extremos...»¹⁵ Agitación civil, interna y de otras clases, también ronda por la cabeza de la CIA, y el MI5 británico, y también por la cabeza de los militares de los dos países. De acuerdo con eso, la CIA añadió la crisis económica global a su lista de principales amenazas a la seguridad.

¹⁵ Citado en Heather Scofield: «There Will Be Blood», *The Globe and Mail* (10 de abril de 2009).

Por auténticos que sean esos miedos, es difícil anticipar, incluso más difícil predecir, las formas que puede adquirir tal caos y dónde y cuándo se producirá.¹⁶ Aquí se hace aparente otra cuestión de lenguaje. La retórica de «marginalización» y «exclusión» se ha puesto de moda recientemente como medio para lamentar la difícil situación de aquellos de los que podría llegar cualquier sublevación o respuesta al caos impuesto oficialmente. En realidad, sin embargo, ese lenguaje aparentemente comprensivo emana del propio neoliberalismo, sea a partir de los informes del Banco Mundial o los de las ONG. Presenta al mundo como una dicotomía —aquellos felizmente en el centro (económica no geográficamente) y aquellos que no—, y suprime cualquier diferencia entre los que están «marginalizados». Sin embargo, el objeto de la organización política consiste presumiblemente en hacer el trabajo duro que construya a partir de extraordinarias diferencias un «nosotros» que sea lo bastante poderoso para crear un diferente tipo de futuro.

Así las declaraciones de Ferguson y las tendencias de la CIA y el MI5 también señalan implícitamente el hecho de que el futuro se ha vuelto radicalmente abierto de un modo no válido una década atrás en el cenit de la hegemonía neoliberal. Mientras el creciente caos sistémico parece inevitable, los resultados de ese caos no lo son. Podría ser un caos despiadado que no trae el bien, o podría ser un caos productivo. Podría ser un caos que trae una fuerte (o más fuerte) represión estatal o podría ser un caos que regurgita alternativas muy reales para la organización social. Es improbable que la producción de alternativas urbanas llegue tranquilamente, ni será espontánea o instantánea por mucho que es seguro que se vayan a producir esos levantamientos espontáneos. En lugar de eso, exigirá trabajo y organización. Si fechamos el comienzo de la crisis en 2007, tiene

¹⁶ Sobre la posibilidad inminente de conflagración social en las ciudades brasileñas, véase la contribución de Raquel Rolnik a este volumen en las páginas 43-59.

que decirse sin embargo que los signos de una oposición creciente todavía están presentes solo esporádicamente, y que los disturbios de Grecia a Perú, de Francia a la China rural, aunque ligados retóricamente no están ligados organizativamente, a pesar del Foro Social Global con todo su incierto futuro. También tiene que decirse que la construcción de tal oposición coordinada en muchas partes será desafiada a menudo violentamente por un despliegue estatal de ideologías de estricta seguridad que pintan a los trabajadores en huelga, emigrantes, grupos étnicos, madres, jóvenes airados, activistas del medio ambiente y contra la guerra como amenazas «terroristas». Y más seriamente, nuevos equipos y tecnologías de rigurosa represión desarrollados y justificados bajo la llamada guerra al terror (donde ya no estuvieran en evidencia) están ya dispuestos y preparados para desplegarse contra cualquier oposición social y política. Está disponible, en otras palabras, la exageración del caos para reprimir en primer lugar a los que luchan contra las fuentes de ese caos.

El desafío podría verse ahora así: cómo entender con claridad y organizar la oposición al caos venidero sin provocar el pánico por la seguridad que, al transmitir un miedo con muchas caras, funcione como una poderosa fuerza de control social; y sin al mismo tiempo recurrir a lo apocalíptico, y por ello capitular ante ese miedo. Cualquiera de esos errores —incrementar el pánico por la seguridad o recurrir a lo apocalíptico— tendrá el efecto de inmovilizar a toda oposición efectiva, sea por miedo o por falta de esperanza. Más bien, dado que el futuro urbano está efectiva y radicalmente abierto de nuevo, podríamos hacer un montón de cosas peores que inspirarnos en Orwell, para encontrar medios, no solo retrospectivamente sino hacia lo venidero, de abrazar la esperanza como «más normal que la apatía o el cinismo» y respirar el «aire de la igualdad».